



SUEÑOMATOGRFÍA

Moisés de las Heras

SUEÑOMATOGRAFÍA



Primera edición: abril de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Moisés de las Heras

ISBN: 978-84-19151-92-6

ISBN digital: 978-84-19151-93-3

Depósito legal: M-10832-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis padres.
Porque lo que ahora soy a ellos se lo debo.*

«Bongosero en La Habana, Casanova en Venecia,
anciano en Shangri La...».

JOAQUÍN SABINA

Me envían en busca del misterioso gánster bajito Stewart Koenisgberg y, la verdad, no sé qué hacer. Vaya, joder. Precisamente tenía que encontrarme con Bugs Bunny, histérico animal, trapezoidal. Me dice que debo buscar al chuloputas enano que posee la respuesta a la salida de este sueño, esta pesadilla, esta extravagancia. Estampé contra el muro al Bugs Bunny, que estalló en mansalva de pajaritos. A mí no se me chulea. A mí no se me toma el pelo. A mí no. Por mis huevos que no.

I

Pues aquí me tienen, el viejo pichón.

Todo comienza en este día en que aquí, el nene, poco susceptible de boina o de rosario, se mete en un cine. Pero hagamos un *flash back*. ¿Por qué estoy en un cine? No, no me he metido a ver ninguna película, realmente, no, pero estoy aquí. Verán.

Este domingo, esta misma mañana, fue una mañana de periódicos olorosos con sabor a café y masas de sol y suplementos dominicales. Paseaba por el Retiro a las diez. Sol. Periódicos que, en un malabarismo, se hacen sonar en el aire, aves barrocas que se doblan, se estrujan, suenan, crujen. Estanque, churros, primer café, círculos marrones en las mesitas. Una vieja gorda y un poco tonta contempla absurdamente a los corredores de la vuelta ciclista subiendo el Alpe D'Huez, mirando la tele sin saber qué ve. Es una vieja con cara de tonta. Todo es sol.

Camino con sosiego. Caminar con lentitud es el privilegio del burgués en paz y yo camino como si de verdad fuera importante cada paso. Camino entre zureos de paloma y sus cagadas, y quioscos que lentamente van anunciando

el verano. Ya todo tiene gracia y van llegando los jóvenes a tumbarse en el verde con sus novias o sus novelas.

Luego, entra la tarde y baja el sol, y uno se cansa de jugar a la petanca. Me marchó sin despedirme y callejeo por Madrid. Solo, como lo que soy, un flamenco que duerme sobre una sola pata.

Madrid adquiere un color azulón. Ha sido un día cojonudo y Madrid descansa, gran águila del imperio. En ese edificio funcional reside un señor gordo que deglute bocadillos y veo la vulgaridad elevada a su habitual grado de dispersión.

Giro en una esquina, giro en otra.

Hace treinta años que no la veo y creo verla ahora. ¿Es ella? ¡Es esa que se ha metido tras esa esquina! Por mi vida que no pensaba verla, lo juro (¿volvió a Cartagena y ahora está aquí?), ¡y la he visto! Hace treinta años que no pienso en ella, pero vuelvo esta esquina y la veo, y es seguro que es ella. ¿Es ella? ¿Y a dónde va? Voy de un lado a otro, me meto por aquí y allá encontrando a Elsa y perdiéndola en cada mujer.

¿Qué quién es Elsa?

Verán, Elsa en realidad era una chica normal que, si repararan ustedes un instante en ella, se parecía un poco a Lauren Bacall (Lauren Bacall, con esas manos de caballo, que tú a Lauren Bacall no le pones unas agujas de crochet en esas manos porque las tiene como restaurantes abiertos al público, cargaditas de huesos y de venas... qué bellas son). (Y Humphrey siempre ha tenido cara de monserga).

¿O se parecía acaso a la Elsa de Casablanca? Elsa y Elsa. ¿Ingrid o la Bacall? ¿A quién amaba Humphrey realmente?

Elsa marchó a vivir a Cartagena, da igual la calle, una cualquiera, tenía veintitrés años o tal vez treinta. Vale. Les diré algo más y entenderán por qué estoy en esta sala. No, no he entrado a ver ninguna película, pero estoy aquí porque creo que, finalmente, Elsa ha entrado en este cine. Según he creído ver, sigue conservando la dulzura de hace treinta años. Elsa y yo veíamos películas, nos enterábamos en películas, nos entregábamos a ellas, sangrábamos con sangre artificial de película, nos hablábamos en cinemascopio. Nos sentábamos a ver al faraón mongólico Yul Brynner, reíamos cuando se cabreaba Charlton Heston a orillas de un Nilo de cartón, o abríamos la boca ante la sesión de pedofilia entre Spencer Tracy y Freddy Bartholomew, o al ver cómo Marcelo Mastroianni regurgitaba una ballena mientras una gorda se mecía en sus propias caderas. En los años que fuimos novios pasearon ante nuestros ojos el idiota de Chavalier, el buena persona de Paul Newman, el existencial Yves Montand, y nos dábamos un piquito tan inexistente como el que le suministraba Jennifer Jones a Gregory Peck en lo oscuro de los cines, y todo se nos volvía películas. A través de las películas vivimos y nos vivimos. A través de las películas nos hicimos adultos, novios, luego, nos dejamos, nos separamos, estudiábamos griego, freíamos huevos, follábamos mal, fregábamos bien, íbamos de compras, nos subíamos al barco pirata del parque de atracciones. Luego,

ella se enamoró de un sargento murciano, uno de estos niñitos que acaban de aprobar el ingreso en la academia, y se fue a vivir con él a Cartagena y dicen que allí se casaron y ya no la vi más. De la noche a la mañana, como un final absurdo de una película de *nouvelle vague*, acabó lo nuestro. No la he visto desde hace treinta años y ahora, de nuevo, la veo por la calle. Se marchó en aquel avión y me quedé en tierra. ¿Por qué se marchó en esos años en blanco y negro? La dejé escapar con el sargento como un cobarde, porque el primer amor siempre es perentorio, nostálgico y rebelde, añorado y mezquino, y ella...

Ahora vive al lado del mar, pero hoy la he visto. La vi meterse en este cine. Empecé a buscarla por la sala y la gente me gritó que me sentara. Es una sesión doble a la antigua usanza, dos pelis viejas por el precio de una. No hay cosa que mejor me la recuerde que un cine.

Los espectadores me exigen que me agache. No la veo. Me siento en una butaca cualquiera, pero no quiero ver la película. La he visto al entrar, justo cuando la peli ha empezado. La sala ya estaba oscura y no puedo seguir. Aparecen letras. «¡¡Siéntese, cojones!!». ¿Les importa tanto una mierda de letras?

Salgo de la sala. No aguanto, tal vez haya ido a mear. Busco el de señoras. Entro. No está. El retrete de ellas. Está vacío. Discurro por pasillos decrepitos y laberínticos. Me quiero asegurar de que no está en otra parte del cine, sino en la sala. El portero me mira con cara rara. Me fijo ahora, el ambigú huele a palomitas y profundamente a caramelo. También a madera destripada, a hongos. El

portero lleva una gorra que parece una bacinilla y a la vez que portero hace las veces de quien atiende el bar, como si el cine fuera un negocio familiar. ¿Qué cojones pinta, en pleno siglo XXI, un gilipollas disfrazado de botones Sacarino? Por cierto, ¿qué echan? Miro la cartelera. *La rosa púrpura del Cairo* y *Gonna with the wind*. Vaya, menuda mezcla. Entro de nuevo. Procuero esta vez buscarla arrimándome a las paredes. A la mierda de espectadores también le molesta, porque Jeff Daniels ya ha salido de la pantalla con ese color gaseoso y solo él tiene derecho a interrumpir la película dentro de otra película. Los espectadores de la tontuna de Woody Allen también protestan, y los míos me vuelven a exigir que me siente.

Lógico. Yo, de joven, era pindongo y de buena traza, bigote en un rasgo..., un don Juan robagallinas. Sin embargo, los que fuimos espléndidos en edades gloriosas acabamos convertidos en una astracanada y ahora soy un tío altorro, un húngaro de pandereta y molesto, claro, no solo por mi altura, también por mi aire de Lee van Cliff. Mirarme molesta.

Vuelvo a las butacas de nuevo, busco la de antes u otra cualquiera, la que esté menos sudada y menos húmeda, y también una butaca estratégica para controlar a los espectadores y sus movimientos, y me dedico a tragar las palomitas que me he comprado en el ambigú y a chupar la cocacola. Como no puedo exigir que enciendan las luces ni encenderlas yo y tampoco saltar por las butacas para tirar de los pelos una por una a todas las hembras, que es lo que me pide el cuerpo, me he colocado ante la

salida para que no se me escape cuando acabe. ¿Mira que si no ha entrado y estoy perdiendo el tiempo mientras ella callejea alejándose cada vez más?

¿Salgo del cine y vuelvo a buscarla? ¿Estoy seguro de que está aquí? Nos gustaba tanto el cine... Solo quiero encontrarla para saludarla.

Tiene este cine un silencio español a pobreza, ¡tiene cortinas como en los tiempos antiguos del franquismo, que se han abierto antes de la función, a imitación de un teatro! Y de repente pienso, ¿realmente aún deseo a esa mujer? ¿Debe el decadente «carnes flojas» de Clint Eastwood de los *Puentes de Madison* hacer de galán a sus ochenta? ¿Debe el viejo Juanito perseguir a Elsa? (por cierto, me llamo Juan, encantado). «Nunca la encontrarás, han pasado treinta años. Treinta, treinta, treinta». ¿O cincuenta? «Cincuenta, cincuenta, cincuenta», me contesta la cabrona de mi conciencia, que siempre está ahí, racional e hija de puta. ¿Salgo del cine? ¿Y si está aquí?

Salgo y calculo: volveré al cine cuando sea la hora en que termine la proyección y, mientras, la buscaré por las calles, aunque Madrid sea grande, porque seguro que la he visto. ¡Salgo! ¡Ahora te vas a enterar, cigarra pestilente, ahora sí me voy a empeñar, por mis...! Me meto en calles, me meto por los vientres terribles del buitre. ¿Tal vez por aquí? ¿Por allá? Me introduzco por una. Sin darme cuenta, me hallo en unos arrabales extraños, suburbiales. Mis orejas se acobardan. Me introduzco más y más, y ¿qué veo? Yo veo, tú ves, él ve... (veo, veo, ¿qué ves?).

Veo sombras, oigo voces que cambian con ligereza, porque son extranjeras. Pienso «¿Será una zona marginal de inmigrantes?», y me entra un miedo... de narices. Al fin y al cabo, a mi edad...

Amanece. *Amanece, que no es poco.* ¿Ya, tan pronto? Me despojo de mi chaqueta, hace calor. Continúa ese zureo como de gente de otro país, tal vez de ingleses, a lo lejos. Ahora distingo que era inglés el idioma, ¿inglés?, ¿hablan inglés aquí?, ¿será un barrio de inmigrantes? Lo que decía. Hablares que surgen desde patios lejanos. Los edificios son cajas de zapatos mojadas con olor a orín, a semen o a otra cosa y tienen la dentadura, el esqueleto fuera; caprichosas escaleras de incendio suben y bajan en remolinos cuadrados. El callejón es de madera húmeda. Quiero salir de aquí. Las prostitutas se lanzarán contra mí como vampiresas de Christopher Lee si me ven. ¡Me pegarán! ¡Pegarán a este incauto abuelete! Pero ya no hay remedio. Los edificios empiezan a devorarme.

Oigo un canturreo, veo una luz amarilla, una ventana amarilla, oigo una voz amarilla que quiero conocer, que me suena, una voz pequeña como la voz de un corazón, una voz que canta desde un retrete «my heart belongs to daddy, pupupidú, pupupidú». Es, sin duda, la voz bien entonada de las prostitutas jóvenes que se depilan las pantorrillas con la cuchilla. La Pupupidú se calla. Aparecen, de todas las casas podridas, muchachos de culos zorritos. Cantan. ¿Cantan? Sí, cantan. Me lo temía. Enarbolan sus dedos haciéndolos sonar. ¿Qué es esto? ¿Pitos? Hace calor, me he quitado la chaqueta, me dan ganas de

quitarme la camisa, de vomitar, hace calor. Pitos. Pitos y pis. Pitos líquidos, maleables, dedo gordo y corazón, ritmo, *jaꞥꞥ*.

Tony se desgañita como una gallina agarrada por las patas. ¡María, María! Anita también canta mientras embute sus largas piernas choriceras en unas medias color tostado y los Jets vagan por la ciudad en busca de camorra. María, asomada al balcón, se manifiesta, proclamando: «esta noche, sí, esta noche». Suenan más pitos rebañando callejones: «érase una vez en América, érase una vez en América», Anita examina su pelucón y se moja con perfume pastoso, dos palmadas secas, zas, zas, y tírate al suelo, todos a la vez, y alza el orgulloso pescuezo, un vuelo ahora de fáciles piernas y las navajas brillan, cambian, complejas, de mano, bajan como rayos, se clavan en algo correoso, en cuero o chaqueta o en traje *teddy* barato. ¿Estoy presenciando una clase de baile? ¿Qué ocurre? Mi edad no me permite ciertos espectáculos. Algo contiene mi piedra que ya estoy blandiendo en el aire. Dejaron al muerto allí, a mis pies. Sea como fuere, por encima de mi mal genio, que siempre es mucho, está el impresionante difunto y eso traiciona mi coherencia. Una patada y un amago de lanzar la piedra, y salen todos de estampida trotando teatralmente como antílopes, escalando las verjas. Ya no cantan, ya no abren las bocas. Ya no hay nadie, las últimas sombras escapan por entre las dársenas y, en medio de este desastre, Natalie Wood solo se dedica a sentirse bonita, enajenada en su balcón. ¿Pero de verdad

se ha reproducido ante mis ojos la infeliz escena de Saul Kaplan?

Algo ha ocurrido, desde luego, aunque no sé muy bien qué. ¡Narices, está claro, me he dormido en el cine! Y si sigo dormido, acabará *Gonna with the wind* y se escapará. Pero no puedo despertar, solo puedo ver a este muerto a mis pies. Podía hacer varias cosas ahora: una, salir chillando como una loca desbragada, otra, menear la estupenda comisura en un gesto de ironía y seguir adelante como si nada ocurriese. ¡Me cago en mi madre!, y que yo solo entré en el cine para pillar a Elsa y saludarla: hola, Elsa, cuánto tiempo, cómo tú por Madrid, ¿sigues viviendo en Cartagena, sigues con aquel soldadito verde?, ay que ver, ay que ver, lo que es la vida, pues yo nada, mujer, como siempre, soltero y eso y ya jubilado, pero qué bien te veo y que... ¡Fuera, fuera de aquí, piojosos! Sin embargo, si quería vencer, si quería despertar, debía tomar esta realidad en mis puños. ¿Cómo despertar? En medio de mis fallas logré pensar: si no puedo despertar, al menos debo seguir la lógica de la fantasía que sueño. Si la sigo, me tranquilizaré y prepararé mi ánimo para despertar suavemente sin más. Pero ¿cuál es la lógica? Bueno, pues eso, di una calada al cigarro, chupé con ganas, arrugué los labios sobre los dientes como suele hacer Humphrey, arrojé el cigarro al suelo casi entero (qué derroche), lo pisé con la puntera y dije una frase cualquiera: «Tócala otra vez, Sam», por ejemplo, o «Aún no ha visto lo mejor, tengo una bailarina balinesa tatuada en el pecho», o «Levántese, hija,

parece un pequinés». ¿Y qué otra cosa puede hacerse cuando se te presenta un panorama así?

¡Despertar, despertar!

De pronto, los escasos gatos que maullaban no maullan. Un sonido de sirenas se escucha. Llega la poli. Pero parecen de atrezo, porque retiran al muerto de mis pies y ni me preguntan. Tal vez no me han visto o yo no les he visto a ellos, ya saben lo que pasa con los sueños. Se oye ahora de nuevo la voz rubia en la ventana brillante, la voz cariñosa y frutal de quien se afeita las pantorrillas, «my love belongs to daddy».

Y muy pronto hay carreras, voces entrecortadas, luces que se encienden y apagan, el matón que arrastra de un brazo a Pupidú para que salga escaleras abajo, huyen. ¡Es en ese edificio! Y los dos policías parecen verme. Se plantan ante mí, con voz de tabaco y el palillo entre los labios.

—Ya está otra vez la Pupupi con el Pocapicha, joder, la hostia, me cago en mis cojones, eructo, deposición, orgía, caca de vaca y saco de la verija.

—¿Quiénes son ustedes?

—La Pupupi, la follona, la meretriza de los güevos —solo hablaban entre ellos—, ¡es que se me revienta el escroto seminífero cuando lo pienso!, ¿será posible? Esa tía tiene unas tetas que cuando las ves te apetece entonar las barras y estrellas.

—O el himno de la marina americana —dice el otro, y ambos se echan a reír y entonan el himno de la marina americana, y exclaman «ok», y muestran sus bíceps y las heridas reventonas que les ocasionó un tiburón marica en

las costas de Wyoming (¿costas de Wyoming?, ¡Meryland, leches!), y escupen tabaco y levantan la uve y muerden una hamburguesa, chicle, *milk*, CocaPepsi, quinta enmienda, *opportunity country*, güija, y giran el puño derecho e imitan la sirena de la poli, y ríen al evocar la muerte de un negro carnoso aporreado por unos gorditos de tripa dónuts en una autopista de Chattanooga.

—Oye, que yo soy negro —exclama uno de los polis, que es negro. Y el otro se calla.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Pertenece también a mi sueño? Yo soy Humphrey Bogart —bromeo.

—A esa le han invadido ya varias veces los cartagineses por Puerta Tierra.

—Y los visigodos por Braga.

—Ja, ja, por Braga, ja, ja, ya será sin ellas, ja, ja, por Braga. Y ríen. No me hacen ni puto caso.

Los chistes de los dos son groseros, te arrancan la piel.

—¡¡Que quiénes son, coño, les estoy preguntando!!

—¿No nos reconoces?

Hombre..., se parecen, el uno a Stallone, el otro a Willy Smith, o tal vez a Sidney Poitier. Son solo un par de policías, uno tonto y el otro imbécil, remamahuevos chulos y cancerígenos, tocapelotas, la típica pareja de serie b, de *buddy movie*.

—Venimos a echarle una mano, jefe, a sacarle de este sueño.

—Ah, muy bien, muy amables. Así que los habitantes de mi propio sueño tienen conciencia de autor. Muy unanímiano esto.

No comprenden nada. Ni yo lo suyo. Y no es que yo no haga el esfuerzo de comprender, sino que no comprendo. Pero nada.

—Te llevaremos, si así lo deseas, al final de esto, sea lo que se sea esto, entérate bien, pero debes saber que es peligroso. Respóndenos, ¿quieres venir?

—Te llevaremos a un mundo extraño.

—Si realmente quieres recuperar a tu puta, no podrás negarte. Ese malvado secuestraespectadores, llevamos siglos tras él, es la esencia del mal, es el puro concepto del mal, pero en este film mandamos nosotros y hemos prometido engancharle, joder, huevos, revientahuevos.

Y me calmo. Debo calibrar consecuencias. Si es realmente un sueño, no habrá dolor, aunque me peguen siete tiros. Si me aterrorizo, me sumiré tal vez aún más en mi sueño de jubilado que ronca y Elsa se me escapará.

Acepto la oferta. Hombría. Cualquier otro valor es despreciable en una película. La verdad varía según nuestro capricho o prejuicios. La hombría es inamovible.

La chica amazónica aparece por la esquelética escalera en atropellada carrera, arrastrada por el matón a quien solo veo el sombrero y el gabán. Corre a trompicones, rompiéndose los tacones de sus zapatos, dejándose trozos en los agujeros del enrejado. Porta un bolso pequeño e inútil y se encorva con torpeza gansa para no caer. Su pelo es también amarillo. Es una mujer pasada por el cirujano.

Desaparecen en la oscuridad, como un insecto y un canario, espectrales. Un coche arranca a lo lejos. No es mi

puta. (Huy, perdón, ¿lo dije yo?). Elsa es otra, esa no es mi puta, esa es Marilyn Monroe. Lo sabemos, es Pupupi, pero hemos de seguirles, el matón tiene a Elsa secuestrada. Secuestra a todas las mujeres, también espectadores.

—Sí, sí, ya me lo habéis dicho.

¿Qué lógica tiene esto? Ninguna, pero ¿a qué preguntar? ¿Acaso los sueños tienen lógica?

—¡Oiga, no escupa!

—¿Qué?

—Que este es mi sueño, que no escupa —me mira con ojos de ganso—. Que sí, que venga, que vamos, que qué remedio. ¡Venga, va! Las oportunidades hay que vivirlas.

Pronto lo he decidido. Decisiones, eso es.

Me montan con un golpe de puerta en «plano detalle de cerradura» y arrancan con un vistoso crujido de neumáticos. En dos trazos vuelvo a reconocer la calle del West Side en «plano general contrapicado desde azotea» y me llevan en *steady cam* hasta algún lugar desconocido, en «plano general paisaje» de segunda unidad, como suele hacer la mafia.

A mí me da igual. De Elsa he perdido ya todo, sus sonidos, sus sensaciones en mi piel apenas son ya recuerdos (treinta años). Los detalles que contuvieron el rabioso presente con ella que un día viví, ya no existen. Ese ayer ya solo es para mí un podrido ramillete de imágenes que, a veces, me cuesta mantener vivo. El tiempo pasa. ¿Quieren conocer mi historia triste?

Pero tened paciencia. Ahora dejad que Stallone conduzca, loco, por un Chicago de cartón piedra. Taxis ama-

rillos, *maggioratas* arrastradas de los pelos por orangutanes que les zurren la badana, duros chaperos clavados en las aceras, todo se va perdiendo por el camino en nuestra carrera de coches. El coche pasa por la ciudad como por un alambique, locales ametrallados, una fornicable cantante negra canta *jazz* en el bar de *jazz*, los batientes se abren para que pase un gran mafioso, un formidable peso *walter* se queda en la puerta con una gran verruga en la frente, es lo que puedo ir arrancando del ciclorama de imágenes ante mí mientras el coche corre, pedazos de historias como verduras frescas. Y el coche del mafiosillo Pocapicha y de su puta rubia, con cuatro guardabarros a las cuatro ruedas, enormes y altísimos, chirría delante de nosotros. El Pocapicha saca un brazo por la ventanilla, lanza contra nosotros andanadas de tiros y debemos frenar y girar bruscamente para evitarlos. Yo, sentado atrás, convencido de su irrealdad, sigo admirando la ciudad, ignorando proyectiles que pasan rozándome; cada uno mira lo que le apetece. Además, es mi sueño: negros junto a un bidón que echa fuego; un rechoncho italiano que se pasea cargado de anillos y de joyas, con guardaespaldas, por las aceras; comerciantes serviles le sonríen y le entregan maletines con dinero. Un sicario tocándose la chaqueta, pendiente del arma que le descansa en el cinto, por si hay que extraerlo y asfixiarle a alguien la garganta de un tiro, en plan *Mackie, el Navaja*. ¿Chicago años veinte o Nueva Jersey? En un sueño todo se confunde y da lo mismo. ¿No había visto el cartel a la entrada? Toco el hombro a Stallone: «Oiga, buen hombre, ¿cuántos ba-

rrios nos quedan?»). Me divierte y estoy tentado de volverme caprichoso e insaciable y exigir plazos imposibles, quiero ver «el mundo vaquero», «el de la Segunda Guerra Mundial», «una comedieta musical» (¿otra?), ¿podrían pasarse por la calle donde representan comedietas y salen a bailar los danzarines?, ¿como en la primera escena!, ¿y qué tal «el viaje espacial de la guerra de las galaxias»? Pero el coche de policía solo da trompicones persiguiendo a Pocapicha. Yo ya me estoy cansando.

Canturreo en la trasera. Voy en busca de mi pasado, o bien en busca de diversión, como Pinocho en la fuente de los burros. ¿Sueño? Bueno, recuerdo lo que ocurrió hace un minuto: giré en una esquina, giré en otra buscando a Elsa, encontrándola y perdiéndola en cada mujer, y eso fue real. Y luego la sala fue real, porque las salas, al menos, siempre han sido reales, un silencio que se rompe en el momento en que se apagan las luces y la bola de la Universal con las letras en movimiento, o la picuda aguja de la Columbia, o la Twenty, con su enigmático guarismo, aparecen y fascinan. Me han fascinado siempre, ya fuera un león cirquero y bostezante, ya la maestra solterona con antorchilla o la antenita que pestañea de la RKO. Todos esos logos me fascinan y me transportan a historias lejanas que alivian todas las miserias.

Elegí lo fácil, dejar a Elsa, que se casara con otro y dedicarme a vivir en las películas. Vi película tras película solo, alquilaba a diario vídeos (cuando empezaron a existir), iba al cine, no me perdía una en televisión, me abrazaba a ellas, las tragaba como pastillas de Prozac para

soportar su ausencia. Elegí la felicidad de no luchar, de huir. Dejé que se marchara con el sargento. Es por eso que mi condena de hoy es un presente eterno de evasión. ¿Qué pecado cometí no atreviéndome a afrontar la vida con su dureza? Buscamos el bienestar. Alquilamos una película en busca de bienestar, fumamos en busca de bienestar, nos evadimos para huir del dolor. El hombre no busca la felicidad realmente, lo que busca es huir del dolor. Quise huir de él, ese fue mi horrendo pecado. Qué doloroso es el fracaso. Pero más doloroso aún saber que te evades, te evades día a día, hasta la muerte, y así la vida te hace pagar tu error de cobardía. Solo gracias al cine ese error se convierte en acierto. Vivir en lo otro. El cine y las novelas.

Pero el cine es una tijera que corta de un tajo las tristezas, la parte mala de la vida. La vida debería ser como el cine, elimina los espacios muertos. El cine es un privilegio de chiflados, el único lugar del mundo donde no te acorralan ni te disparan, una mentira sublime, la única soportable, son minutos regalados a la felicidad. El cine te transporta a un lugar limpio.

Ruedas revolcadas por el asfalto, crujido de motor, chirrido de ejes. Tal vez al final todo acabe con un vuelo de sombrero a cámara lenta sobre un campo de primavera pero, mientras, dejadme contemplar este extenso museo, trozos de corazón derramados, calles y más calles. En los semáforos nos detenemos y me invade la necesidad de abrir la puerta y salir corriendo, pero Sidney me hubiera desjarretado una ráfaga de ametralladora, como una rama

de árbol negro fundida a su piel. ¡¡¡Por allí va Pichafloja!!! Se rompen miles de vitrinas, suenan miles de ruidos, me agacho, me tumbo en el asiento y vuelvo a incorporarme, y de prisa, de prisa, cambio el rumbo, un giro de volante, ¡¡por ahí, el coche!!, por allá, la policía con su sirena de *Splastic*, por allí Bonnie and Clyde han volcado y salen como pueden del Ford T; él, con su gabán hasta los talones disparando otra gran ametralladora y ocultándose en una cristalería para que revienten los cristales, que queda chulo, corriendo a la desesperada. Tiros, fuego, gasolina incendiada, la caza del bandido, profesionales vestidos de azul que se llevan a la boca megáfonos que el hombrecito de gafas inutiliza de un tiro, un tiro de película que suena con su rebote en Dolby Stereo cortante y alargado. En un nuevo coche, el gafotas vuelve a escapar y volvemos a perseguirle. Vuelan maletines del italiano que se arrodilla lamentando su ruina, los billetes giran por el aire para su desesperación, las alcantarillas se los tragan —para qué seguir—. Tomamos camino ahora por avenidas tropicales llenas de *night clubs*, burdeles caribeños, en algún querido fronterizo entre Méjico o Texas, o del condado de San Antonio, por Rockspring hasta Chihuahua. Para qué seguir.

—Oigan, ¿quieren parar? Me estoy aburriendo.

En realidad, estas persecuciones son una pesadez si se alargan demasiado.

—¿Quieres callarte, ¡¡piayé, hijo de puta, pedazo de espuma cervecera ensamblado de croquetas sayonara ¡¡piayé hijo de puta?

—Bien, ¿y eso qué quiere decir?

—¿Eres estúpido? ¿No has ido nunca al cine? ¿No sabes que los polis de las películas actuales decimos frases sin sentido por puro pundonor de surrealismo?

—Vale, ¡qué pares!

—Desde luego, los polis viejos de las antiguas pelis teníamos prestancia, mejores guiones —se queja Sidney Poitiers con ganas de gresca, dispuesto a enmendarle la plana a su compañero Stallone. El siguiente «hijo de puta jipiayé no sé qué croqueta» no sé bien si iba dirigido a Sidney o a mí.

—¿Sabes que le has robado la frase a Bruce Willis?

—Vale, ¿al menos pueden indicarme dónde estoy?

—Pronto lo sabrás.

Con su voz de mono, Silvestre suelta el volante para volverse y señalarme como si yo fuera un tonto

—Perdona, ¿tienes un cigarro?

Necesito fumar y cambiar de conversación. ¡Por Dios! Necesito fumar porque en estas películas de gánsteres se fuma, se fuma mucho, muchísimo. Sidney extrae el mechero amistosamente y me da fuego. Poli bueno, poli malo. Se me pasa por el magín preguntarle... ¿a qué preguntar por...? ¡VAMOS A ATROPELLAR A AQUELLA NEGRA, CUIDADO CON EL CO...!, has acariciado las pantorrillas de esa negra que ahora grita. Stallone, de pronto, se detiene en cualquier esquina y me exige: «Bien, bájate y recoge al muerto».

—¡Qué muerto!

En efecto, no me he dado cuenta, pero acabamos de atropellar a alguien. Salgo como punzado del coche, arrancado de mi asiento pegajoso. La angustia de atropellar es una angustia redonda, perfecta, absoluta. ¿Qué coño me importa a mí nadie en el sueño? Nada, pero en el sueño se sienten cosas arbitrarias también. Miedos por tontunas. Calculo la duración del sueño. ¿Llevo cinco minutos dormido? Me lanzo a la calle lluviosa. Me arrodillo, soltando mi corazón sobre el asfalto y en lugar de un hombre gris medio, entre keroseno y lamparillas y *flashes* de coche, me encuentro con el bulto informe de una figura cárdena y fosforescente, de orejas grandes y tripilla gorda, un bicho azulejo y rosa que grita y chilla lanzando colores. Tenía que ocurrir tarde o temprano, tenía que encontrarme con un dibujo animado, ¡claro, a Bugs Buny, cómo no, coño!, ¡despertar, despertar!

Me aconseja Bugs que busque a Woody Allen y no sé qué hacer. Vaya. Precisamente Bugs, histérico y trapezoidal, colorista como un loro, me dice que Woody posee la respuesta a la salida del sueño.

Histérico y trapezoidal, fingiendo muerte por atropello y pegándose porrazos con las patas en la cabeza, me revela que el Pocapicha es Woody, cosa que yo ya sabía y ustedes han podido intuir.

Sé que estos dibus son de goma, así que lo agarro por el cuello y lo descujeringo contra la pared solo por divertirme y para curar mi rabia, ¡hostias, ya!, yo quiero

despertar con normalidad. Si me he dormido, me cabe esperar, como mucho, a que un acomodador me agite, no subir a ningún Sangre La ni pasar las de Caín en las doce pruebas del mono loco. Eso era lo que me cabreaba.

La vida debe ser levantarse, comer, dormir, funciones necesarias. Entremedias, trabajo y labores del hogar y un puñado de adversidades psicológicas molestando de por medio. Y para desquitarse, cine o novela y, por último, los avatares: hoy se rompe una lámpara, mañana hay que redactar un informe, pasado fallece un cuñado. Los niños a la escuela, los viejos al asilo y los maduritos al sinvivir, cada cosa en su sitio. Y si me irrita el conejo es porque es pura fantasía. Debo destruir la fantasía en nombre del sacrosanto fracaso del adulto y su normalidad, y despertar de todo esto. Da un rebote neumático y estalla, enterrado en su propio brillo, un cristal roto en miles de estrellitas o pajaritos. Es lo último, ¡venga, hombre!, Bob Hosking contra Roger Rabbit.

Stallone jipiayé muestra ese gesto (ahora los gestitos del Silvestre) de sus películas, un gesto de dolor vietnamita. Se baja del coche y se marcha acompañado por Sidney Poitier hacia una neblina remota mientras el viejo Marlon (¿Marlon Brando ahora?) queda, gordo, ametrallado por el renacuajo gafudo en su huida.

Quedó muerto Marlon, como una golondrina sobrealimentada. Woody con metrallera por ahí, Marlon muerto y los polis locos marchándose. Chorrea una línea de sangre que no es roja, sino blanquinegra por su labio. Se va deslizado y deja un musgo sanguinolento mezclado con

la lluvia entre los faros y la rejilla del radiador. Cae como piedra.

El coche del renacuajo, tras el tercer asesinato, parte con prisa y satisfacción de ruedas, impresión de misión cumplida.

El rollazo de Orson Welles, que por allí se acerca, me mira, llama a Sidney y a Stallone, que no han acabado de desaparecer entre la niebla, nos pregunta que qué ha dicho Marlon antes de morir y decimos que nos ha llamado «hijos», porque «hijos» es el apelativo acostumbrado de un actor gordo cuando muere. ¿Qué va a rumiar un gordo en el momento de morir? Pues eso de «hijos».

Orson, con la camisa empapada en grasas y esa sensación de haber bebido *whisky*, de haber comido dulces, insiste, con su bastón de capitán Quinlan, sombrero, puro y ganas de eructar y sus tonterías de viejo malo y cabrón, insiste e insiste en saber si somos culpables. Repetimos aquello del gánster gafotas —no quise decir Woody porque a yo a Woody le he tenido siempre un especial afecto—: que se inició un tiroteo contra los amables maderillos, decimos, y el viejo Marlon, pura carne, fardo lleno, como fuera que pasaba por aquí resultó muerto por casualidad en la reyereta, y que yo me alegro de que las carreras locas hayan acabado, y contestó: «Largaos, chicos, por esta vez el capitán Quinlan os perdona, ojalá no tengáis problemas por haber presenciado sangría tan desagradable».

La verdad es que ya no me importa nada lo que Quinlan o nadie diga. Pero la secuencia ha dado un giro interesante: «cómo capturar a Woody», capítulo primero.

